

SAN PATRICIO (Irlanda ca. 400-461/493) 17. marzo

2º-3º

Patricio, que era sobrino de [San Martín de Tours](#), vivía con su familia en Francia.

Un día fue raptado por unos piratas y vendido como esclavo en Irlanda. Allí lo compró un señor que lo mandó a cuidar los cerdos, trabajo que hizo durante siete años, y siempre destinaba un tiempo para rezar antes de comenzar sus tareas.

Una noche soñó que un ángel le decía que debía caminar un largo trayecto, ya que él sabía ayunar; luego soñó que debía tomar un barco para regresar a Francia. Así que un día hizo eso, caminó mucho hasta que llegó a la playa y vio un barco listo para zarpar. Habló con el capitán, quien le preguntó si tenía dinero, a lo que Patricio respondió que no, pero agregó que podía trabajar. Y el capitán le negó subir a bordo. Patricio se sintió muy triste, pero al rato el capitán lo mandó llamar, y así pudo embarcar y regresar a Francia.

Su familia lo recibió con alegría, pero al poco tiempo la dejó, pues quería aprender muchas cosas con su tío [Martín](#). [1]

Después de un tiempo, el Papa lo nombró obispo y lo envió a Irlanda, al mismo país donde antes había llegado con las manos atadas.

Al llegar encontró todos los campos cubiertos por tréboles; tomó uno para observarlo bien, pero también vio víboras, cosa que no le gustó.

Permaneció en Irlanda hasta su muerte, donde trabajó y ayudó a todos, y predicó una religión distinta de la celta que conocía el pueblo. Pero todos lo seguían, pues lo querían mucho y lo podían escuchar cuando hablaba.

Hizo muchos milagros, como el de arrojar fuera de la isla todas las serpientes [2]. Para ello tomó un tambor, y con los palillos tocaba muy fuerte, y a medida que caminaba, las serpientes lo seguían; tanto tocó el tambor que este se rompió. Un ángel bajó y lo ayudó. Así siguió hasta que llegó al mar y allí arrojó a todas las serpientes.[3]

Falleció siendo anciano y fue envuelto en un lienzo hecho por Santa Brígida, [4] una gran amiga suya.

oOo

En aquella época —cuando la gente de Escocia e Irlanda aún eran paganos, fieros guerreros y piratas— vivía en Gales un muchacho llamado Patricio, que ya era cristiano. Su padre era un hombre muy respetado, un abogado, y la familia vivía en una villa no lejos del mar.

Cuando los días eran soleados, Patricio corría hacia el mar para navegar en canoa, nadar, recoger conchas o solo sentarse y observar a las olas moverse y salpicar.

Un día se alejó caminando a lo largo de la costa hasta que ya no vio la casa de sus padres. Era una playa salvaje y oscurecía, y Patricio pensó que ya era hora de volver, cuando vio a lo lejos en el mar un barco a vela que se acercaba más y más. Patricio sintió curiosidad y se quedó observando. Del barco bajó un bote que fue directamente a la playa donde él estaba, y tan pronto como atracó, una docena de hombres saltaron a tierra, se dirigieron corriendo hacia donde estaba Patricio, y antes de que el pobre niño supiera lo que estaba pasando, lo atraparon y, aunque gritaba y forcejeaba, se lo llevaron al barco y se fueron navegando con él.

Esos hombres eran piratas irlandeses; habían visto al niño solo en la playa vacía, lo sorprendieron y se lo llevaron para venderlo como esclavo. Y eso fue lo que le pasó a Patricio: fue llevado a Irlanda a través del mar y vendido al jefe de un clan, el jefe de una tribu. Tenía quince años cuando lo hicieron esclavo, y lo entregaron a este jefe pagano. Su trabajo era cuidar el rebaño de ovejas del jefe del clan, un trabajo que no era pesado, pero lo mantenía lejos de sus padres, de su casa, y era desesperadamente infeliz.

Había una sola cosa que lo reconfortaba y eso era rezar. Cuando él rezaba a Cristo, sentía una gran paz en su corazón y dejaba de ser infeliz. Patricio rezaba todo el día y, a menudo, de noche también.

Y fue esclavo durante cinco años.

Una noche, cuando estaba en profunda oración, escuchó una voz que le dijo:

—Patricio, llegó la hora. Debes escapar de aquí y volver de regreso a casa. Será difícil y peligroso, pero Dios estará contigo.

Patricio había pensado en escaparse muchas veces, pero ¿cómo hacerlo? No tenía amigos que lo ayudaran, no tenía dinero; y si un esclavo que trataba de huir era atrapado, era muerto. ¡Pero la voz le había prometido la ayuda de Dios!

Así que Patricio se escabulló una noche, cubierto por la oscuridad. Durante el día se mantenía escondido en cuevas o en el bosque, pero de noche caminaba y caminaba. Para comer recogía bayas, buscaba huevos de pájaros, arrancaba la avena cruda de los campos. Y así llegó a la costa después de muchos días y noches.

Había tres barcos anclados allí, pero se preguntaba qué capitán lo llevaría; no tenía dinero para el pasaje; no era marinero. No lograba encontrar una respuesta de cómo podría regresar a su casa en un barco. Pero Patricio recordó, otra vez, que la voz le había prometido la ayuda de Dios.

Y así se acercó al capitán de uno de los barcos y le rogó:

—Por favor, ¿me dejaría subir a bordo? Haré cualquier trabajo para usted, porque no tengo dinero para pagarle.

El capitán lo miró de arriba abajo y le respondió:

—No necesito a nadie que no sea un marinero, y puedo ver que tú no lo eres; más bien pareces como si fueras un esclavo que escapó. Vete, o te llevaré de vuelta con tus amos.

Patricio se fue al capitán del siguiente barco, y de nuevo preguntó si podía trabajar a cambio del pasaje. Y el segundo capitán le dijo:

—Mi barco es un barco pirata, vamos a robar y saquear, y no parece que seas bueno para esas cosas. Vete, no me eres útil.

Dos capitanes de barco rehusaron a llevar a Patricio a bordo, y había muy poca esperanza en su corazón cuando se aproximó al tercer barco.

El capitán de este barco estaba transportando una jauría de perros de caza irlandeses a Francia —*en Francia, la gente pagaría fortunas por estos perros*—. Eran animales grandes y fieros, que atacarían a un lobo o a un oso salvaje sin vacilar. Había como dos docenas de estos perros en cubierta y eran casi todos feroces. Se sentían aterrorizados, ya que nunca habían estado en un barco antes y el solo mecerse los haría desesperar. Estaban sujetos con correas cortas por los marineros, pero los perros tampoco conocían a éstos, y por ello gruñían y ladraban, se mordían entre sí y a los hombres; se sentía un terrible ruido y conmoción.

Patricio amaba a los perros y entonces propuso al capitán:

—Puedo manejar a estos perros para ti, si me tomas a bordo y me dejas navegar contigo de regreso a Francia.

Pero el capitán estaba de mal humor, con tanto ruido y un viento fuerte soplando desde el mar, y le gritó a Patricio:

—¡No necesito ninguna ayuda de niños como tú!

El niño se volvió triste al muelle preguntándose sobre la ayuda que la voz le había prometido. Y justo entonces, uno de los perros que estaba cerca del capitán le mordió la pierna. El capitán se enfureció y le gritó a Patricio:

—¡Oye, tú! ¡Si puedes manejar a estas bestias y mantenerlas tranquilas, te llevaré!

Patricio subió a bordo con gran alegría en su corazón, y con voz suave y tocándolos amablemente, pronto tuvo a los perros calmados y amigables. El capitán y los marineros le miraban como si fuera un mago.

—Bien —dijo el capitán—, si puedes mantener a las olas tan calmas como a los perros, tendremos un viaje muy tranquilo.

Pero Patricio no tenía poder sobre el mar, y el barco fue sacudido por el viento y las olas durante muchos días. Los marineros veían que cuando Patricio no estaba trabajando, unía sus manos y oraba, y pronto se dieron cuenta de que él era cristiano. Todos los marineros eran paganos, y se reían de él y se burlaban, pero Patricio no hacía caso de sus burlas.

La tormenta se puso peor; el barco era sacudido por las olas altas y más altas de aquí para allá. Los marineros ya no sabían dónde estaban.

Al final, después de tres días, divisaron una costa y se dirigieron hacia ella. Tanto los hombres como los perros estaban completamente exhaustos, y tan pronto como estuvieron en la playa, se echaron, descansaron y se durmieron.

Cuando se despertaron, estaban hambrientos y se dieron cuenta de que la comida que estaba en el barco había sido arrastrada por el mar. Los perros estaban tan hambrientos que se volvieron más salvajes y con tanta hambre que ni aun Patricio los podía calmar.

Si tan solo hubiese algunas casas o personas que los ayudaran, pero tan lejos como los ojos podían ver, no había rastro de seres humanos o casas alrededor.

Entonces el capitán le dijo a Patricio:

—Bien, muchacho cristiano, ¡muéstranos el poder de tu Dios! ¡Tus plegarias no te fueron de gran uso contra la tormenta, pero quizás nos puedan dar de comer!

Patricio se arrodilló y oró. Y casi al instante una manada de cerdos salvajes salió de una espesura cercana atacándolos. Los perros cargaron contra los cerdos y mataron a varios de ellos. Aquel día, los hombres y perros tuvieron un gran banquete de cerdo asado.

Una vez que comieron y recobraron fuerzas otra vez, marcharon varios kilómetros tierra adentro, hasta que encontraron una ciudad, y en ella vendieron los perros, y Patricio recibió una parte del dinero; no era mucho, pero sí suficiente para llegar hasta la casa de sus padres.

Su padre y su madre apenas le pudieron reconocer al principio, pero se imaginan la alegría que sintieron cuando vieron que el hijo que habían perdido hacía muchos años había regresado a ellos.

Después de un tiempo Patricio les dijo:

—Ahora sé por qué he sido ayudado por Dios. Tengo una misión que llevar a cabo: tengo que ser sacerdote, volver a Irlanda y llevar el mensaje de Cristo a ese pueblo.

Y eso es lo que hizo: fue ordenado sacerdote y se embarcó de regreso a Irlanda. Y fue a través de Patricio, a través del “Apóstol de Irlanda”, como se le llamó más tarde, que la gente de esa isla se hizo cristiana. Y más tarde fueron los cristianos irlandeses, los monjes cristianos, quienes llevaron el mensaje de Cristo a otras tierras, incluso a Escocia.

Y en Irlanda, en estos días, muchos niños son llamados *Patricio*, como el santo que fue llevado a Irlanda como esclavo.

[1] Martín de Tours (316-397): Obispo católico de Tours elevado a santo, patrón de numerosos lugares.

[2] Se ha demostrado que, por alguna extraña razón, nunca hubo serpientes en la isla. Nunca se encontraron restos antiguos de ellas.

[3] Esto tiene mucha similitud con la leyenda del flautista de Hamelín, con instrumentos diferentes.

[4] Brígida de Kildare o Brígida de Irlanda (451-525): Santa de la Iglesia Católica y de la Iglesia Ortodoxa, patrona de Irlanda. Primera monja irlandesa, fundadora del monacato femenino en Irlanda.